

**China en América Latina o los límites del cosmopolitismo (liberal).**

**A propósito de *La casa del dolor ajeno* (2015)**

**Jorge J. Locane**

Universität zu Köln

I

*La casa del dolor ajeno* (2015) es un texto que reclama nuevas convenciones de lectura. No solo por la relación que establece con su contexto, sino también porque su configuración textual supera las fórmulas más conocidas y habituales y porque sus postulados corroen la dureza de ciertos lugares comunes muy difundidos. Narrado desde la perspectiva del escritor/investigador, el relato da cuenta tanto de la matanza de más de trescientos migrantes chinos en 1911 en Torreón, a manos de fuerzas maderistas de ocupación y de sectores de la población civil local, como del mismo proceso de reconstrucción crítica de ese episodio de la historia mexicana. Las fuentes para el ejercicio de rememoración son diversas: desde notas periodísticas y textos históricos hasta conversaciones casuales con taxistas. La prosa, sin incurrir en manierismos, es elegante; conducida, además, por la vitalidad que le otorga la para nada disimulada presencia de una primera persona entregada a la experiencia vital. Aunque no podría decirse que incursiona en laberintos experimentales, tampoco se trata de un texto lineal amparado en un único procedimiento estilístico. El subtítulo, *Crónica de un pequeño genocidio en La Laguna*, establece una clave de lectura que lo emparenta con la tradición representada por Carlos Monsiváis pero que, a poco de leer, va a verse problematizada. Podría ser un libro de denuncia, y por momentos es uno de tesis, pero la anécdota personal interrumpe esas codificaciones. No es ni un ensayo, aunque muchos pasajes

adquieren ese tono, ni una novela. En lo que respecta a su proyección extratextual, *La casa del dolor ajeno* propone, por un lado, una actualización crítica de la masacre, un (re)enjuiciamiento de los hechos y una compensación simbólica para las víctimas y sus descendientes, pero también una reflexión sobre la violencia estructural, sobre la xenofobia, el clasismo y los desmanes de los procesos de modernización compulsivos, tanto en México como en el mundo, tanto en el pasado como, y el vínculo con la desaparición forzada de los estudiantes de Ayotzinapa se hace explícito, en el presente. Así, el libro de Julián Herbert plantea y reclama una revisión de la historia al mismo tiempo que enciende la alarma en vista del escenario actual. Considero que Ignacio M. Sánchez Prado acierta cuando propone abordarlo como un texto de no-ficción<sup>1</sup> aunque pienso que la mejor manera de hacerlo tal vez sería en paralelo con un clásico que no deja de ser indagado y sobre el que la bibliografía abunda: *Operación masacre* (1957), de Rodolfo Walsh. No solo porque ambos trabajos comparten muchos procedimientos y están enunciados desde la misma perspectiva de un narrador/escritor que asume la tarea de llevar adelante la investigación sino también porque los dos se fundan en la premisa de que la literatura, a su manera, puede producir o promover algún tipo de justicia en el plano de la realidad empírica.

En este trabajo, no obstante, no voy a explorar tal filiación sino hasta el final. Sí considero este texto de Herbert como uno de no-ficción, como uno que se proyecta performativamente hacia el exterior, pero la línea argumentativa que me interesa colocar en el centro, a conciencia de que su complejidad constitutiva permite múltiples y diversos abordajes, sugiere que uno de los planteos que contiene—tal vez no tan visible como otros—atañe al cosmopolitismo. Mi argumento—que se deslinda de las lecturas en clave mexicanista que lo consideran un texto inescindible de ciertos nudos, históricos y culturales, del devenir nacional—se va a centrar en el despliegue crítico que logra articular *La casa* frente al discurso teórico cosmopolita, fundamentalmente, en su variante idealista y normativa, progresista y liberal. Mi propuesta, en breve, es que rebate la noción extendida—por regla general implícita—de que el capitalismo puede ser perfeccionado o civilizado a través de un pacto ético cosmopolita, o, incluso, que cuestiona la posibilidad de que las diferencias étnicas, culturales, políticas coexistan de manera más o menos armónica—más allá de la tolerancia mínima requerida por

---

<sup>1</sup> “Argumento que este trabajo de no-ficción, cuya forma excede al ensayo y la crónica como géneros canónicos de la literatura mexicana, plantea precisamente una forma de pensar la historia desde el archivo y los restos discursivos del pasado como forma de contravenir las narrativas hegemónicas que, como las biografías recientes de Porfirio Díaz, buscan la normalización de la modernidad capitalista y la redención de sus violencias” (2015, 427).

los tráficos comerciales—en el marco del orden capitalista liberal. Por otra parte, de acuerdo con David Harvey, “There is [...] an odd tendency in much of the new cosmopolitanism to assume that more or less adequate models of democracy have already been constructed within the framework of the leading nation-states and that the only problem remaining is to find ways to extend these models across all jurisdictions” (2002, 86). *La casa*, como voy a tratar de demostrar, revela el carácter ideológico de esta percepción—condicionado por un *locus* de enunciación privilegiado—y sugiere que, dentro de los límites de la democracia liberal, como la configuración política a la que tiende el capitalismo desarrollado, no existe margen para una ciudadanía plena y, dado el caso, para un auténtico cosmopolitismo o, planteado en otros términos, que el programa liberal, sea cual fuere su variante, de ninguna manera excluye la violencia y la exclusión sino que, por el contrario, la estimula y favorece.

## II

El contacto entre México y China se funda en intereses coloniales y se remonta, como lo documenta Herbert, a los primeros viajes (1565) del Galeón de Manila: “Durante dos siglos y medio (una edad más larga que la historia de México), el Galeón de Manila cruzó los mares una o dos veces al año y abasteció de primores las casas y la imaginación de la Colonia: seda, especias, cerámica, venenos...” (2015, 70). Si bien el itinerario de este barco no conectaba exactamente China con América, sino las colonias españolas, Filipinas y Nueva España, sí fue el responsable de las primeras llegadas de contingentes chinos a tierras hispanoamericanas. De modo que el tráfico humano que acá interesa se inicia de manera incipiente con los primeros procesos de la globalización, pero antes de su fase capitalista y democrática. El genocidio de Torreón va a tener lugar mucho tiempo después de este primer contacto, en un contexto histórico específico, signado por el proceso de modernización impulsado por el porfiriato, y en un lugar concreto, Torreón, como sede de un acelerado y exitoso desarrollo capitalista: “Para 1910,” anota Herbert, “Torreón tenía 40,000 habitantes y era el tercer ferropuerto nacional, la principal ciudad de Coahuila y una de las mejores de México. Si hubo un suceso que quintaesenciara la política económica del porfiriato, éste fue la fundación de Torreón” (2015, 48). La masacre de la comunidad china de Torreón se da, por lo tanto, no en el vacío, no en condiciones abstractas y generales, sino en unas claramente definidas por el éxito del proyecto capitalista y en un escenario de relativa prosperidad económica. Más aún, de acuerdo con Herbert,

se trata de una comarca míticamente rancia e inusitadamente joven; tanto, pongo por caso, como el humilde pueblo de pescadores japoneses que

habría de convertirse a finales del siglo XIX en el soberbio puerto de Yokohama. Ambos territorios geográficos y simbólicos son la puesta en escena de la utopía industrial y comercial del liberalismo, una religión laica que extrajo de la nada mundos que, en ciertos husos horarios, envejecieron prematuramente: casi a la misma velocidad que un ser humano. (2015, 19)

Por otro lado, uno de los ejes que organiza *La casa* es la refutación del relato hegemónico, convertido en *vox populi*, de que la matanza fue cometida por hordas indisciplinadas sin adoctrinamiento ideológico por parte de las élites culturales, políticas y económicas<sup>2</sup>. El programa xenófobo, y de manera particular antichino, según queda expuesto por Herbert, en realidad, se gestó en EE.UU. y se propagó hacia México por medio de una campaña sistemática a cargo de los sectores burgueses e ilustrados. De tal manera que la serie de asesinatos fue concebida a nivel ideológico por las élites beneficiadas por el desarrollo capitalista y ejecutada por sectores populares que se habían visto interpeladas por el discurso antichino.

De este trasfondo conceptual se deduce que el genocidio chino de Torreón no fue un episodio irracional y espontáneo, conducido por el capricho de fuerzas al margen de la historia, sino que, por el contrario, existe un estrecho vínculo entre el desarrollo capitalista y la violencia hacia el otro. Esta última, dicho en otros términos, estaría siempre y necesariamente implicada en el primero, pero se potenciaría frente a la vulnerabilidad de la alteridad subalterna. En lo que sigue, me gustaría presentar algunas evidencias textuales que informan acerca de cómo toma forma esta articulación en el libro de Herbert.

Torreón, fundada en 1893, está íntimamente relacionada con el programa modernizador de Porfirio Díaz. Como ya adelanté, en esta ciudad la utopía capitalista parecía haber dejado de ser un ideograma teórico para tomar la forma de evidencia material. La prosperidad, aunque no distribuida de manera homogénea, sí se manifestaba como un fenómeno palpable en la forma de infraestructura urbana y permitió, desde los orígenes, la propagación de una ilusión de modernidad. Sin embargo, si se le da una vez más crédito a Walter Benjamin, todo documento de civilización es al mismo tiempo uno de barbarie, y Torreón, en tanto fórmula donde la civilización parecía haberse consumado con particular ímpetu, no podía dejar de ser también un reducto de barbarie. “Desde su nombre,” consigna Herbert al respecto, “Torreón fue una ciudad fundada en el lenguaje de la

---

<sup>2</sup> “Como apunta Juan Puig al final de *Entre el río Perla y el Nazas*, la del 15 de mayo fue una tragedia espontánea: la reacción de una masa popular que desahogó su frustración sobre un grupo particular de inmigrantes por considerarlos demasiado diferentes. Poco o nada tiene que ver lo que pasó con un acto de xenofobia de los laguneros. Palabras más o menos, y a excepción de unos cuantos, ésta es la opinión de los historiadores mexicanos. Es una tesis plausible y, a la vez, una muy conveniente para la idiosincrasia lagunera, la burguesía y los anales de la patria” (2015, 16).

violencia y nadie podría afirmar que las metáforas violentas le hayan sido nunca extrañas” (2015, 59). La violencia, por lo tanto, es congénita a la utopía modernizadora del capitalismo y el genocidio chino de Torreón, una expresión particularmente brutal de esa violencia, es decir, nada que no hubiera estado latente antes y después del episodio. Para que la matanza se desencadenara fueron necesarios dos elementos: uno, que la lógica de la libre competencia y la maximización de beneficios se propagara como ética suprema y natural; y dos, que el odio racial inoculara en todos los sectores de la sociedad y alentara a ver la relativa prosperidad de la comunidad china como una competencia inadmisibles o injusta, en cualquier caso, amenazante.

El principio liberal que aboga por la desregulación de los flujos de capitales, mercancías y personas no fue ajeno al desarrollo de Torreón, sino en gran medida su motor. Así, precisamente, se constituyó una sociedad heterogénea y con ciertas ventajas económicas, lo cual—y esto es lo que me interesa poner de relieve—de ninguna manera se tradujo en aceptación, solidaridad y armonía social. Desarrollo capitalista y violencia, una vez más, se implican mutuamente: “Dicen—no he podido constatarlo—que don Manuel [Lee Soriano] conserva la escultura [de un hortelano cantonés] en su casa: lejos de la vista de una sociedad liberal, abierta y migrante que todavía hoy se niega a reconocer ante sí misma lo que le sucedió a la colonia china entre el 13 y el 15 de mayo de 1911” (2015, 33). Lo que subyacería a este fenómeno es que el producto de la política modernizadora del capitalismo liberal habría dado lugar, sí, a una sociedad moderna y diversa, pero, no obstante, completamente incapacitada para evaluar y corregir sus desmanes o, valga decir, su cara bárbara.

Sucede que, en su momento, la comunidad china llegó a Torreón atraída por las promesas del capitalismo y que, siempre en conformidad con sus premisas, logró convertirse en un grupo social próspero, pero, aun así, considerado ajeno y, por lo tanto, usurpador por parte de las poblaciones vernáculas. La conjugación de estos factores, libre competencia, prosperidad y diferencia étnica subalterna, fue lo que, finalmente, desembocó en el genocidio. Anota Herbert:

Gracias al carácter trasnacional de sus recursos, la de Torreón estaba llamada a ser la comunidad cantonesa más poderosa (aunque no necesariamente la más poblada) de México. Era una colonia capitalista: la única que competía abiertamente con las altas burguesías estadounidense y nacional en 1911. Me resulta difícil de creer que esto no fuera relevante para el resto de los empresarios de la comarca. Hay al respecto un dato significativo: al constituir formalmente la empresa Wah Yick (en cuyo directorio aparecen los nombres de Woo Lam Po, Walter J. Lim, Wong Foon Check y Kang Youwei, entre otros), los colonos asiáticos decidieron no hacer el trámite en Torreón: fueron a buscar un notario público al vecino municipio de Matamoros. Quizá porque alguno de los inversores

tenía familiaridad con el funcionario. O quizá porque prefirieron manejar el carácter de su alianza con la mayor discreción posible frente al resto de los empresarios de Torreón. (2015, 121-122)

El genocidio, iluminado desde esta óptica, no fue otra cosa que un “exceso de liberalismo”, una solución, simplemente, para barrer con una competencia pujante, pero de todas maneras en desigualdad de condiciones jurídicas ya que estaba encarnada por una identidad étnica no contemplada en la ciudadanía. Esta hipótesis, la que sostiene que eliminar al componente chino de la sociedad fue también deshacerse de una competencia indeseada, puede constatarse, como de alguna manera propone Herbert, en la evolución del Banco Chino y otros emprendimientos económicos de envergadura de la comunidad, como la red tranviaria Wah Yick. El Banco, fundado en 1906, fue en gran medida una herramienta de especulación que elevó los precios de los inmuebles aceleradamente. Con la matanza, cinco años más tarde, este organismo fue desplazado de su lugar protagónico y esa posición fue ocupada por uno bajo control de las burguesías locales: “Tres edificios colman la acera sur: el Banco Chino, la fachada principal del Casino (diseñado en 1910 por el arquitecto francés Louis Channel) y el Banco de la Laguna, que empezó a ser construido el 16 de junio de 1911—exactamente un mes después de que los chinos perdieran todo—y fue inaugurado el 20 de noviembre de 1912” (2015, 130). De tal suerte que el Banco de la Laguna es una empresa surgida en continuidad con la eliminación del que hubiera sido su competidor natural: el Banco Chino.

Pero el antichinismo no fue únicamente un fenómeno desprendido de los intereses de los sectores dominantes, sino que, además, se propagó entre los sectores populares y trabajadores que también llegaron a ver a los chinos como competidores. Al momento de rastrear sus orígenes en EE.UU., Herbert escribe que:

Como sucede siempre con las migraciones masivas, la baratura de la mano de obra asiática afectó el salario local, el más atractivo de la Unión a partir de la fiebre del oro. La persecución mediática, los disturbios y la fundación de clubes antichinos no se hicieron esperar. Uno de los grandes enemigos de la diáspora fue Denis Kearney, del Partido de los Trabajadores de California, quien fomentó la aplicación de leyes especiales e impulsó un ideario que a la postre desembocaría en el Acta de Exclusión de 1882. (2015, 85)

Esta percepción, junto con la que asociaba a la comunidad china con un éxito comercial supuestamente injusto, es la que se propagó en Torreón entre los sectores populares y la que todavía al día de hoy se encuentra vigente. Consultado por Herbert sobre la matanza, un taxista le responde: “—Sí me la sé, cómo no. Hasta un cañonazo quedó en el casino, donde esos weyes se juntaban para fregar a mi

general Villa. Es que eran dueños de todo, oiga. Eran los ricos, pues. Y mi general no se andaba con mamadas. Se los chingó por culeros” (2015, 35). Si bien, como insiste Herbert, el dato de que Pancho Villa haya participado del genocidio no es exacto, este testimonio arrastra la representación acuñada en la época de que los chinos se habían apropiado de la riqueza vernácula y que eso perjudicaba también a los sectores menos aventajados. En consonancia con esta operación ideológica, destaca Herbert, ya en 1906 el Plan del Partido Liberal Mexicano, cuando Ricardo Flores Magón todavía no se había inclinado hacia el anarquismo, sostenía que “La prohibición de la inmigración china es, ante todo, una medida de protección a los trabajadores de otras nacionalidades, principalmente a los mexicanos. El chino, dispuesto por lo general a trabajar con el más bajo salario, sumiso, mezquino en aspiraciones, es un gran obstáculo para la prosperidad de otros trabajadores” (2015, 106). El liberalismo, nuevamente, no aparece reñido con postulados xenófobos, sino decidido a alentar la violencia, al menos estructural, contra quien fuera necesario.

Pero para que la matanza pudiera consumarse, no bastaba con que la identidad china fuera excluida del diseño nacional, sino que también fue necesario construirla como abyección, reducirla a nula vida o a ese tipo de vida puramente biológica “a quien cualquiera puede dar muerte” (Agamben 2006, 18). Un objetivo que exigiría años de conceptualización y adoctrinamiento y que, para el caso, convive sin estorbarse con el desarrollo capitalista, con la apertura económica del porfiriato y también con la agenda de Francisco Madero:

Matar a nombre del racismo—cuya coartada son malos sentimientos: el odio, el desprecio y la cosificación; un grado de la farsa—no es en el Occidente romanizado-liberal una práctica espontánea. Primero habría que *representar* la violencia hasta desnaturalizarla, hasta convertirla en un discurso solemne, una suerte de ley.

El antichinismo nacional no inició con la matanza de Torreón y tampoco concluyó con ella. Antes del pequeño genocidio, la fantasía de aniquilación campeó en la prensa, las conversaciones de café, los chistes, las leyes, la segregación, las manifestaciones públicas y el vituperio, hasta llegar a los golpes. El primer chino asesinado por una turba en México data de 1881: el umbral de la firma del Acta de Exclusión en Estados Unidos y del inicio de las negociaciones del Tratado Sinomexicano. (2015, 104)

De estos planteos y para cerrar este apartado, quiero extraer una paradoja no siempre evidente. Lo que sugiere el libro de Herbert, entre otras cosas, es que el proyecto capitalista, incluso en su conjugación “exitosa”, y la violencia de ningún modo se excluyen, sino que, por el contrario, se implican mutuamente. Desde luego que el relato oficial siempre va a exaltar las conquistas que valen por positivas e invisibilizar su insoslayable dimensión destructiva, precisamente la que narra

Herbert en *La casa*. Pero lo que quiero destacar es que el programa liberal, ya sea el de Porfirio Díaz, el del Francisco Madero o, incluso, el de Ricardo Flores Magón<sup>3</sup>, al instalar en su agenda la libre competencia como motor del desarrollo económico y también social, junto con favorecer encuentros culturales como los que hoy parecen signar la globalización, introduce la violencia como elemento estructural (todo sujeto, dentro de esta matriz, es, ante todo, un potencial competidor al que hay que derrotar) y, así, deja abierta la puerta para desmanes como el de Torreón.

### III

Desarrollo económico y cosmopolitismo están relacionados de manera muy estrecha, así lo constata un pasaje del *Manifiesto del Partido Comunista* (1848) incansablemente citado:

Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía ha marcado con una impronta cosmopolita la producción y el consumo de todos los países. Frente a los reclamos de los sectores reaccionarios, ha horadado los cimientos nacionales de la industria. Las viejas industrias nacionales han sido destruidas y lo siguen siendo aún. Son sustituidas por otras cuya instauración es asunto vital para todas las naciones civilizadas; son reemplazadas por industrias que ya no procesan como antes materias primas del país, sino unas traídas de los más lejanos territorios, y cuyas manufacturas son comercializadas no solo dentro del propio país, sino en todas partes del mundo. En lugar de las viejas necesidades, satisfechas por la producción nacional, aparecen otras nuevas que reclaman para su satisfacción los productos de tierras remotas. En lugar del autoabastecimiento local y nacional y del aislamiento, hay un tráfico multilateral y una interdependencia que compromete a todas las naciones. Y lo que sucede con la producción material, acontece también con la de bienes simbólicos. Los productos simbólicos de las diferentes naciones devienen patrimonio compartido. La particularidad y delimitación de lo nacional se tornan cada vez menos sostenibles, y de las diversas literaturas locales y nacionales se conforma una literatura mundial [la traducción es mía]<sup>4</sup>.

---

<sup>3</sup> “En México se libraba otra extraña y cruenta guerra entre liberales y liberales disfrazados de conservadores” (Herbert 2015, 78).

<sup>4</sup> “Die Bourgeoisie hat durch ihre Exploitation des Weltmarkts die Produktion und Konsumtion aller Länder kosmopolitisch gestaltet. Sie hat zum großen Bedauern der Reaktionäre den nationalen Boden der Industrie unter den Füßen weggezogen. Die uralten nationalen Industrien sind vernichtet worden und werden noch täglich vernichtet. Sie werden verdrängt durch neue Industrien, deren Einführung eine Lebensfrage für alle zivilisierten Nationen wird, durch Industrien, die nicht mehr einheimische Rohstoffe, sondern den entlegensten Zonen angehörige Rohstoffe verarbeiten und deren Fabrikate nicht nur im Lande selbst, sondern in allen Weltteilen zugleich verbraucht werden. An die Stelle der alten, durch Landeserzeugnisse befriedigten Bedürfnisse treten neue, welche die Produkte der entferntesten Länder und Klimate zu ihrer Befriedigung erheischen. An die Stelle der alten lokalen und nationalen Selbstgenügsamkeit und Abgeschlossenheit tritt ein allseitiger Verkehr, eine allseitige Abhängigkeit der Nationen voneinander. Und wie in der materiellen, so auch in der geistigen Produktion. Die geistigen Erzeugnisse der einzelnen Nationen werden Gemeingut. Die nationale Einseitigkeit und Beschränktheit wird mehr und mehr unmöglich, und aus den vielen nationalen und lokalen Literaturen bildet sich eine Weltliteratur” (1977, 466).



El desarrollo industrial, según la propuesta de Karl Marx y Friedrich Engels, habría traído como consecuencia ineludible un desborde de los órdenes nacionales y una interconexión de los dominios económicos y culturales hasta el momento controlados por burguesías locales. Así, desde este punto de vista, el cosmopolitismo sería un producto natural de la expansión capitalista, es decir, un fenómeno que, si bien también se expresaría en la esfera cultural, sería impulsado, como una suerte de efecto colateral, por intereses económicos y no por algún tipo de idealismo humanista o de un sentido de pertenencia global. Creo que esta dimensión del fenómeno ha sido descuidada con frecuencia en los debates posteriores.

Así, un cierto desprendimiento del proceso descrito por Marx y Engels, tan culturalista como banal, habría de identificar el cosmopolitismo con un *habitus* tendiente a desmarcarse de las codificaciones culturales nacionales y vernáculas: viajes, el dominio y exhibición de capital lingüístico metropolitano, las modas, el conocimiento de literaturas extranjeras, todo un repertorio de comportamientos anclados al consumo y orientados a sobrevisibilizar la no pertenencia nacional serían las señas de esta versión esnob e irresponsable del cosmopolitismo.

Más recientemente, en los últimos veinticinco años y en correspondencia con los avatares históricos vinculados a la actual fase de la globalización, una potente corriente teórica ha dado lugar a un intenso debate académico sobre el término<sup>5</sup>. La operación, en gran medida, ha consistido, por un lado, en despojar al cosmopolitismo de su carácter aristocrático y, por otro, en convertirlo en una fórmula situada, con arraigo cultural y, por lo tanto, portador de un tipo de identidad definida, no desdibujada, y también observador de la diversidad universal. De este modo, se ha procurado convertir el cosmopolitismo en un imperativo ético e incluso procedimental para, en el marco de nuestra globalización, promover una política igualitarista, garante tanto de las libertades individuales como de los derechos universales. Creo, no obstante, que textos como el de Julián Herbert implican un desafío para muchos de estos planteos y ponen en evidencia algunos de sus límites.

Uno de estos planteos es el que ofrece Bruce Robbins en el libro *Perpetual War: Cosmopolitanism from the Viewpoint of Violence* (2012), donde, frente a las guerras impulsadas por EE.UU., el cosmopolitismo aparece recuperado y presentado como un antídoto contra la violencia. De acuerdo con Robbins, “Cosmopolitanism’s

---

<sup>5</sup> El debate, que tiene en el centro a figuras como Kwame Anthony Appiah y Bruce Robbins, incluye contribuciones de investigadores tan diferentes como Pheng Cheah, Silvano Santiago, David Harvey, Jacques Derrida, Walter Dignolo, Martha Nussbaum o Craig Calhoun.

original meaning—the overriding of local loyalties by a cosmic, transnational, or species-wide perspective—has tended to fade into the background, and it has taken with it the prospect that cosmopolitanism will interfere with the perpetrating of violence. This book tries to bring that prospect into the foreground again” (2012, 2). El problema con esta propuesta es que sigue sin problematizar la lógica de gestión liberal del capitalismo hegemónico. Supondría, en línea con argumentos expuestos arriba, que el capitalismo puede ser civilizado mediante el imperativo ético cosmopolita. Sin embargo, según se puede deducir de la lectura que propongo de *La casa*, la violencia sería un elemento congénito del capitalismo y no una deriva circunstancial. En la medida que la libre competencia actúe como dinamizador de la estructura socioeconómica, todo sujeto debe/puede ser considerado un rival, y cuanto menos protegido esté ese sujeto por convenciones jurídicas, más susceptible de padecer violencias sería.

Esta perspectiva, que no llega a problematizar la lógica liberal, se va a ver acentuada en Kwame Anthony Appiah quien propone, directamente, un cosmopolitismo liberal. Si bien es cierto que por “liberal” Appiah entiende progresista, es decir, alineado con premisas de la social democracia, el principio que supone que la libertad comercial—y su implícita propiedad privada—constituiría una garantía para las demás libertades civiles y, finalmente, también para la observación de los derechos humanos, en sus planteos, no aparece rebatido. Anota Appiah que

A liberal cosmopolitanism of the sort I am defending might put its point like this: we value the variety of human forms of social and cultural life; we do not want everybody to become part of a homogeneous global culture; and we know that this means that there will be local differences (both within and between states) in moral climate as well. As long as these differences meet certain general ethical constraints—as long, in particular, as political institutions respect basic human rights—we are happy to let them be. (1997, 621)

Este tipo de fórmulas que designan al cosmopolitismo como un imperativo ético se ubican, además, en un plano idealista y normativo que a fuerza de voluntarismo, de corrección política y compromiso humanista intentan moderar o corregir los excesos del capitalismo. Como ya anoté con Harvey, lo que sucedería es que las conquistas liberales, es decir, fundamentalmente los logros de las burguesías progresistas, serían la base, el punto de partida, lo que no estaría en cuestión y, finalmente, también lo que habría que trasladar a todo el espectro social y a todos los territorios del mundo: “Ultimately, liberalism is the articulation of the value of a life of dignity: a life as free and equal people, sharing a social world. And that involves learning from history, from literature, from religion, from the whole gamut

of human experience, about what free lives can look like and what they enable” (Appiah 2001, 332). Pero sucede que lo que “enseña” *La casa*, es decir, la literatura, en realidad, es que el liberalismo y la violencia de ninguna manera están reñidos, sino que, por el contrario, se implican mutuamente.

Son numerosas las contribuciones que han intentado despegar al cosmopolitismo de un anclaje de clase, de cualquier eurocentrismo, del idealismo y también de la inocencia de cierta teoría. Las variantes cosmopolitismo desde abajo (Robbins), cosmopolitismo del pobre (Santiago), cosmopolitismo del subalterno (Sousa Santos), cosmopolitismos discrepantes (Clifford), cosmopolitismo crítico (Delanty), entre otras, operan como herramientas para sostener un espíritu universalista, un humanismo radical, sin que eso encubra algún tipo de elitismo ni que excluya fórmulas culturales arraigadas a sistemas culturales periféricos, ya sea en términos sociales o geográficos. Quiero concentrar, para concluir este apartado, la atención en la categoría de Silviano Santiago porque, en la medida que los ejecutores de la masacre de Torreón fueron miembros de los sectores populares, entabla un diálogo particular con los desarrollos que he expuesto anteriormente. De acuerdo con Santiago, el cosmopolitismo del pobre constituiría

Una nueva y segunda forma de multiculturalismo [que] pretende (1) dar cuenta del influjo de inmigrantes pobres, en su mayoría excampesinos, en las megalópolis posmodernas, que constituyen sus legítimos y clandestinos habitantes, y (2) rescatar, en el medio, grupos étnicos y sociales, económicamente desfavorecidos en el proceso señalado como multiculturalismo al servicio de un Estado-nación. (2012, 322)

Tanto los responsables materiales de la masacre de Torreón como muchas de las víctimas podrían ser considerados agentes protagónicos de ese multiculturalismo o forma cultural híbrida que desarrollarían, a su manera y frente a las dinámicas culturales de las élites, los pobres. Los pobres de Torreón, es decir, los no favorecidos por el proceso de modernización, habrían encarnado, de este modo, un tipo de cosmopolitismo no liberal, un cosmopolitismo alternativo, precisamente, del pobre. Pero sucede que, aún admitida la hipótesis, este colectivo de ninguna manera fue ajeno a la matanza sino, por el contrario, un actor activo que, al creerse amenazado por la prosperidad relativa de los chinos, habría asumido como propia la tarea de eliminarlos. Se puede concluir, por lo tanto, que el imperativo categórico que supone la lógica de la competencia liberal, al fin y al cabo, se impondría sobre cualquier apelación cosmopolita, incluso la del pobre. Lo cual, de algún modo, equivaldría a sostener que dentro del marco del orden capitalista, donde la violencia al menos simbólica es un elemento constitutivo, cualquier cosmopolitismo, incluido el del pobre, no sería más que un frágil placebo temporal, una malla de contención destinada, tarde o temprano, a rasgarse.

## IV

Las reflexiones anteriores se extraen de una lectura posible de *La casa* y estarían proponiendo que la matanza, la reducción del otro a nula vida, es connatural al capitalismo, efecto, en todo caso, de una fórmula para el desarrollo económico que convierte al prójimo en competencia y en rival. Este mecanismo, contenido, impulsaría el desarrollo, pero también siempre estaría incubando la violencia que, en coyunturas de crisis, se manifestaría como exterminio del otro. En el libro de Julián Herbert, que en cierta medida también contiene una programática, el término cosmopolitismo aparece invocado solo una vez y no como herramienta para conjurar la violencia social, sino más bien como desafío y ejercicio privado. La referencia aparece cuando el narrador comenta su interacción con el arquitecto francés Laurent Portejoie:

El matrimonio formado por Hélene Meunier y Martí Torrens fue un catalizador del encuentro: Laurent no habla español ni inglés y mi francés se reduce a un par de canciones de kínder. Gracias a estos nuevos amigos y a su dominio del entorno y de los idiomas que nos separaban, nuestra percepción del D. F. se aproximó a uno de esos descubrimientos tan caros a la Generación Perdida, para cuyos personajes es inconcebible la experiencia cosmopolita si no va acompañada de erotismo, multiculturalismo, nostalgia política, la fundación de una nueva amistad, el consumo cómplice de sustancias intoxicantes, el emprendimiento de aventuras absurdas... (2015, 24-25)

Así, la interacción entre estos dos sujetos pertenecientes, en principio, a esferas culturales diferenciadas va a dar lugar a una experiencia cosmopolita. Pero esta conciliación se va a constituir fuera de cualquier régimen de competencia, más bien en un entorno de ocio, y va a suponer la mediación de otros actores, de un colectivo en disposición solidaria. Va a ser, no obstante y ante todo, un desafío. Una página más adelante, en relación con el mismo encuentro, Herbert anota que

La amistad entre dos personas que tienen que inventar un idioma común para sobrevivir al caos es indestructible. Por eso afirmo que nuestro enfoque al recorrer y (d)escribir juntos la zona metropolitana fue, más que una aventura intelectual o política, una praxis filosófica: la fundación de una utopía basada en la complicidad y la invención de un lenguaje privado. La exploración de las posibilidades poshistóricas de la fraternidad. (2015, 26)

Esa evolución cosmopolita, por lo tanto, va a amalgamarse con amistad, fraternidad y por medio de la invención de un nuevo lenguaje. Las condiciones preexistentes, valga decir el régimen de la competitividad y la violencia que gobierna la cotidianidad de la ciudad, tuvieron que ser suspendidas y conjuradas. Este

cosmopolitismo que vislumbra Herbert, por lo tanto, es una utopía que, como condición de posibilidad, reclama una nueva codificación general, una nueva gramática. “Cosmopolitanism by itself”, escribe Craig Calhoun, “may not be enough; a soft cosmopolitanism that doesn’t challenge capitalism or Western hegemony may be an ideological diversion” (2002, 893). La ciudad de Torreón, con su historia liberal y también de sangre, avala la propuesta: el capitalismo y el cosmopolitismo (liberal) pueden desarrollarse y convivir sin estorbarse. De modo que solo una fórmula teórica que supere la racionalidad capitalista puede aspirar a imaginar un mundo más armónico, menos gobernado por una violencia estructural siempre a punto de desatar la debacle.

Para concluir, me gustaría retomar el estrecho vínculo entre *La casa del dolor ajeno* y *Operación masacre* señalado al principio de este trabajo. Si bien es cierto que, con el fin de destacar la condición iconoclasta del libro de Herbert, Sánchez Prado lo inscribe en el género no-ficción, lo hace sin remitir a la operación fundacional de Rodolfo Walsh a mediados de los años 50. En su lugar, recurre al libro de Beth Jörgensen, *Documents in Crisis. Nonfiction Literatures in Twentieth-Century Mexico*, que traza una genealogía exclusivamente mexicana<sup>6</sup>. Creo que la apelación a un registro no-ficcional, considerada a la luz del antecedente que representa Walsh, le otorga a *La casa* una densidad semántica particular que se desprendería del hecho de que ambos fueron redactados desde la “urgencia” por introducir algún tipo de justicia en el mundo empírico mediante el uso de herramientas propias de la literatura de ficción. En ambos casos, el acto de enunciación proviene de una primera persona comprometida con la investigación, con la indagación y revelación de hechos que, además, deben ser sacados a la luz para que la historia sea corregida. Durante tal proceso, esa primera persona se va a ir identificando, progresivamente, con la experiencia de las víctimas. El texto es, así, también un testimonio documental de la violencia ejercida sobre ese yo que deviene plural y que, en el caso de Walsh, conducirá al asesinato del sujeto del enunciado (cfr. Locane 2019). Al asumir, respectivamente, la causa de las víctimas de José León Suárez y de Torreón como propias y al dejar que las violencias padecidas por ellas atraviesen también los cuerpos de los sujetos autorales, los narradores de *Operación* y *La casa* dan lugar a un entramado comunitario descentrado y perturbador, a un modo alternativo de detonar los encapsulamientos, uno que fusiona la experiencia situada de

---

<sup>6</sup> “Uso aquí el término ‘no ficción’ siguiendo la propuesta de un reciente libro de Beth Jörgensen, *Documents in crisis*, en parte porque categorías más tradicionales como ‘ensayo,’ ‘crónica’ y ‘autobiografía’ que han sido más comúnmente atadas al canon literario mexicano resultan cada vez menos operativas frente a la proliferación de nuevas formas de la hibridización textual en el siglo XXI mexicano” (Sánchez Prado 2015, 427).

subjetividades disímiles—chinos, escritores, trabajadores peronistas—bajo premisas de solidaridad y empatía radicales—una suerte de “devenir otro” sin dejar de ser uno, de configurar un ser-en-común transversal y heterogéneo—y que, por consiguiente, y al instalar el régimen de explotación en un primer plano, también refuta pautas naturalizadas del discurso cosmopolita liberal.

### Obras citadas

- Agamben, Giorgio. (2006 [1995]). *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pre-Textos.
- Appiah, Kwame Anthony. 2001. “Liberalism, Individuality, and Identity”, *Critical Inquiry* (27.2): 305-332.
- \_\_\_\_\_. 1997. “Cosmopolitan Patriots”, *Critical Inquiry* (23.3): 617-639.
- Benjamin, Walter. (1991 [1974]). “Über den Begriff der Geschichte”. En *Gesammelte Schriften I*. Frankfurt a. M.: Suhrkamp, 691-704.
- Calhoun, Craig. (2002). “The Class Consciousness of Frequent Travelers: Toward a Critique of Actually Existing Cosmopolitanism”, *The South Atlantic Quarterly*, (101.4): 869-897.
- Harvey, David. 2009. *Cosmopolitanism and the Geographies of Freedom*. New York: Columbia University Press.
- Herbert, Julián. 2015. *La casa del dolor ajeno. Crónica de un pequeño genocidio en La Laguna*. México: Literatura Random House.
- Locane, Jorge J. 2019. “Avatares de la fricción en el corpus *Operación masacre*, de Rodolfo Walsh, Julio Troxler y Jorge Cedrón”. En Matthias Hausmann y Jörg Türschmann, eds. *La literatura argentina y el cine. El cine argentino y la literatura*. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert, 327-342.
- Marx, Karl y Friedrich Engels. (1977 [1848]). “Manifest der kommunistischen Partei”. En *Werke 4*. Berlin: Dietz Verlag, 459-493.
- Robbins, Bruce. 2012. *Perpetual War: Cosmopolitanism from the Viewpoint of Violence*. Durham/London: Duke University Press.
- Sánchez Prado, Ignacio M. 2015. “Más allá del mercado. Los usos de la literatura latinoamericana en la era neoliberal”. En José Ramón Ruisánchez, comp. *Libro mercado: literatura y neoliberalismo*. México: Universidad Iberoamericana, 15-40.

Santiago, Silviano. 2012. "El cosmopolitismo del pobre", *Cuadernos de Literatura* (32): 309-325.